

CESAR VALLEJO: POESIA Y VIDA

CUALQUIER momento es oportuno para escribir unas cuantas palabras en torno a un poeta verdadero, aunque el pretexto que promueve éstas mias, sea la aparición de un libro, importante por su contenido; importante —quizá, sobre todo— si consideramos la escasez de crítica sobre Vallejo escrita en nuestro país: basta que nos acerquemos a cualquier bibliografía para comprobarlo (1).

Las siguientes páginas quieren esbozar una brevísima semblanza de «mi Vallejo personal», que no pretende excluir muchos otros Vallejos posibles, y que coincide —total o parcialmente— con el César Vallejo visto por otros biógrafos y críticos.

«En el alma de quien cruce los Andes o viva allí, persistirá siempre la impresión, que es como una herida, del paisaje abrupto hecho de elevadas mesetas, donde apenas crecen pajonales amarillentos, y de roquedales clamantes. Hay tristeza y, sobre todo, una angustia perma-

Chuco muchas veces oyó rezar a su madre «por los caminantes/enfermos, encarcelados, enfermos y pobres». Y él mismo aprendió a rezar, a vestir y desvestirse santos, a hacer altares..., porque su mayor anhelo es, en ese momento, llegar a ser obispo.

Tristeza, angustia y miedos, ternura y solidaridad, sensación de desamparo, de orfandad, deseo inmenso de ser protegido por la madre —MADRE, escribe en un poema—, deseo inmenso de proteger a todos los seres solos, tristes, pobres y desamparados del mundo... Todo eso, y muchas otras cosas, son sentimientos inseparables de toda la poesía de César Vallejo.

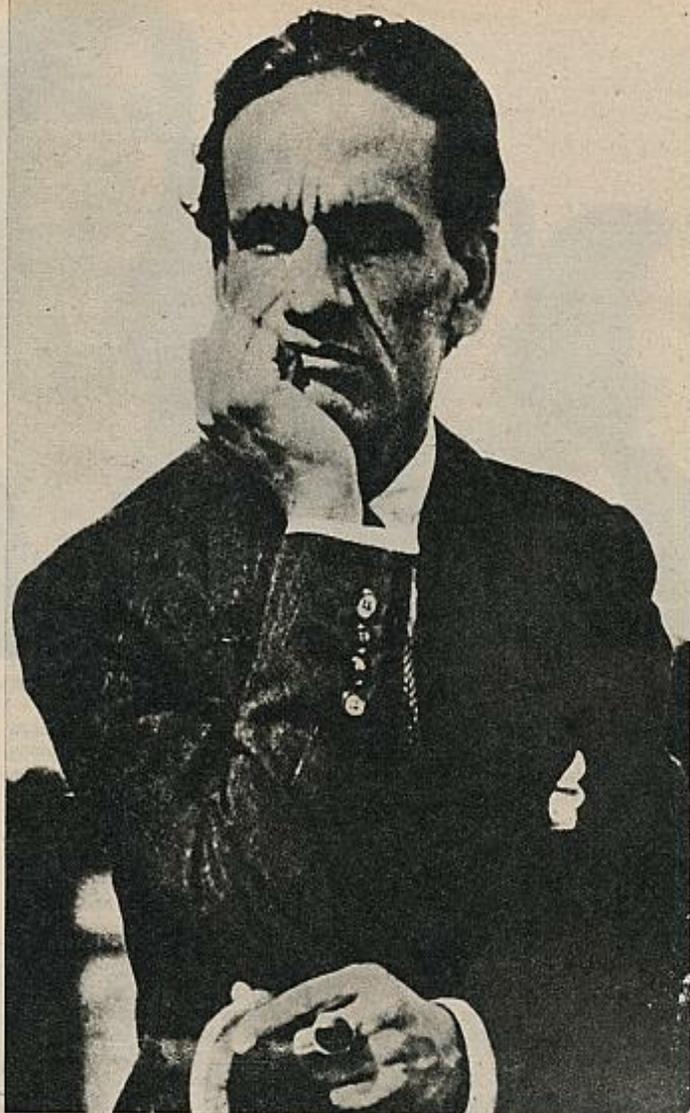
A mediados de 1919 sale de la imprenta *Los Heraldos Negros*, con fecha 1918. Desde los años de Santiago de Chuco hasta este momento, han pasado muchas cosas. Entre 1905 y 1908 hace César sus estudios secundarios en Huamachuco. Entre 1910 y 1912 trabaja como empleado, primero en un centro minero y luego en una hacienda azu-

Aurora de Alboroz

nente y callada. Los habitantes de ese vasto drama geológico, casi todos ellos indios o mestizos de indio y español, son silenciosos y duros y se parecen a los Andes», escribe Ciro Alegria, recordando a su maestro de primer año de Primaria, que le hace evocar «esos extraños lados del mundo», porque de ellos procedía y «los llevaba en sí». Como su tierra, el maestro era triste. «De todo su ser fluía una gran tristeza. Nunca he visto un hombre que pareciera más triste», continúa Ciro Alegria.

En Santiago de Chuco, pequeño pueblo de la región andina del Norte del Perú, nació César Abraham Vallejo en 1892. Fue el undécimo y último hijo de un matrimonio modesto que llevaba sangre india mezclada con sangre española (2). En Santiago de Chuco hizo César sus estudios primarios. En Santiago de

carera. En 1913 se traslada a Trujillo para seguir estudios universitarios. Comienza a estudiar Letras. Termina. Presenta una tesis —*El Romanticismo en la Poesía Castellana*—, que obtiene el grado de Notable. Comienza a dar clases en el Colegio Nacional San Juan —momento en que lo recuerda Ciro Alegria—. Colabora en la revista «Cultura infantil». Escribe y publica versos. Entre 1915 y 1917 se relaciona con un grupo de escritores, entre los que está Antenor Orrego, uno de sus principales mentores, por cuya influencia se empapa César de lecturas modernistas: antes, sus predilecciones se centran, principalmente, en el Romanticismo. Muchos de los poemas escritos —y publicados— hacia 1915 y corregidos en los años posteriores, hasta 1918, y muchos que nacen cerca de esta fecha, vendrán a formar parte de *Los Heraldos Negros*. En los últimos días de 1917, tras una pasión violenta vivida en Trujillo, Vallejo se traslada a Lima. Muy pronto entabla amistad con una figura conocida ya en las letras peruanas, a pesar de su juventud: Abraham Valdelomar. Visita al maestro Manuel González Prada. Conoce al gran poeta José María Eguren. Al decir de sus biógrafos, la muerte de su madre —1918— y una serie de dificultades económicas, producen en César una fuerte crisis, de la que tardará mucho tiempo en recuperarse. Este estado crítico se refleja en algunos de los poemas últimos de *Los Heraldos Negros*; mucho más en el libro que comienza a escribir seguidamente: *Trilce*.



Tristeza, angustia y miedo, ternura y solidaridad, deseo inmenso de ser protegido y de proteger a su vez a todos los seres solos, tristes, pobres y desamparados del mundo... (Arriba, Vallejo, en Versalles, 1929.) «Los habitantes de ese vasto drama geológico, casi todos ellos indios o mestizos de indio y español, son silenciosos y duros y se parecen a los Andes». (En la fotografía, a la derecha, vista de Santiago de Chuco, donde nació el poeta en 1892.)

En *Los Heraldos Negros* la crítica ha señalado una serie de presencias de poetas modernistas. Es notable la de Julio Herrera Reissig. Más aún la de Rubén Darío, a quien —al decir de Juan Carlos Ghiano— admiró Vallejo en ese momento, y siempre. Esto último lo confirman varios testigos: así, el poeta Juan Larrea —intimo amigo de César—, quien ha dicho que, en varias ocasiones, oyó a Vallejo recitar versos de Darío con verdadera devoción; otros amigos le oyeron decir, más de una vez, «Rubén Darío es mi padre». Mas, como hijo genial, en un momento de su vida y de su obra —*Trilce*— se vio obligado a cometer un parricidio, como señala Ghiano. *Los Heraldos Negros*, a pesar de las muchas influencias que puede mostrar, contiene una serie de excelentes poemas, y revela, sin duda, toda la personalidad de un poeta verdadero. Ello lo vieron muy pronto algunos críticos sagaces. En 1928, José Carlos Mariátegui publica una obra fundamental del pensamiento latinoamericano: *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Aunque en aquel momento el poeta ya ha publicado otras cosas, Mariátegui presta gran atención a algunos poemas del pri-

mer libro. En Vallejo —ya en *Los Heraldos Negros*— ve Mariátegui «el poeta de una estirpe, de una raza». Porque: «En Vallejo se encuentra, por vez primera en nuestra literatura, sentimiento indígena virginalmente expresado». Y sigue: «El sentimiento indígena tiene en sus versos una modulación propia... Al poeta no le basta traer un mensaje nuevo. Necesita traer una técnica y un lenguaje nuevos también».

Los años que van desde la publicación de *Los Heraldos Negros* hasta la de *Trilce* son, como señalé, de crisis profunda. Al dolor por la muerte de su madre, a la penuria económica, a otro desdichado asunto sentimental, hay que añadir un hecho que afectó enormemente al sensible César Vallejo. En 1920, de paso por su pueblo natal, se ve envuelto, por pura casualidad, en unos violentos disturbios callejeros. Se le acusa de ser uno de los instigadores de los sucesos. Como consecuencia, es detenido y encarcelado en la prisión de Trujillo. Gracias a las gestiones de una serie de intelectuales y asociaciones estudiantiles, se le pone pronto en libertad. Pero ha pasado tres meses y medio en «una cárcel del

(1) César Vallejo. Edición de Julio Ortega. Colección: «El escritor y la crítica» (Taurus, 1974). El editor divide el libro en cuatro apartados. En el primero recoge trabajos de Thomas Merton, André Coyné, Sebastián Salazar Bondy, Hans Magnus Enzensberger, Fernando Alegria, Juan Carlos Ghiano, José Angel Valente y Juan Larrea. En el segundo, de Ciro Alegria, Alcides Spelucín, Antenor Orrego, José Bergamín, Pablo Neruda, Xavier Abril, Humberto Díaz-Casasueva y Daniel Devoto. En el tercero, de Alberto Escobar, Saúl Yurkivich, Eduardo Neale-Silva, Noel Salomón, Gonzalo Sobajano, Roberto Paoli, Clintio Vitier, Américo Ferrari, José Miguel Oviedo y Guillermo Sucre. La parte última incluye estudios de Saúl Yurkivich, James Higgins, Enrique Balleón Aguirre y Walter Mignola. Se cierra el volumen con una breve biografía.

(2) Para las anotaciones biográficas me han sido especialmente útiles los índices cronológicos elaborados por André Coyné y por Angel Flores.

Perú; tres meses y medio que, mucho más tarde, recordará como «uno de los momentos más graves de mi vida», tres meses y medio, que marcarán para siempre su poesía posterior. A la salida de la prisión, retornará a Lima y seguirá trabajando en su nuevo libro.

Entre los años que van desde *Los Heraldos Negros* a *Trilce*, Vallejo ha leído mucho. Ha leído cosas nuevas. Por ejemplo, una traducción de Mallarmé, y las revistas ultraístas que se publican en España. En este momento, ya han visto a la luz varios libros del creacionista Vicente Huidobro. Aunque no se ha lanzado aún el «Manifiesto surrealista», el surrealismo flota en el aire. Es una realidad el dadaísmo. Muchos otros movimientos de vanguardia, nacen. Todo esto tiene que haber pesado en la nueva poesía de Vallejo, aunque no creo que sean factores determinantes para explicarnos la originalidad y grandeza de su nueva obra. *Trilce* se publica en 1922. A mi juicio, significa uno de los momentos más altos de nuestra

económicas; pasa enfermedades; pasa soledad. Allí encuentra, sin embargo, a Henriette Maise, primero; más tarde —1927— a Georgette Phillipart quien, a partir de ese momento, será la compañera inseparable de su vida. Conoce, además, a algunos escritores franceses, latinoamericanos y españoles: con Juan Larrea entabla una profunda amistad que durará desde su encuentro —1924— hasta la muerte de César. Viaja a España varias veces y, ya en la década del treinta, establecerá en Madrid temporalmente su residencia —de 1930 a 1932—. En 1928 realiza su primer viaje a la Unión Soviética; hará otro al año siguiente y, al tercero y último, desde España, en 1931. De 1925 a 1927 tiene un empleo en el «Bureau des Grands Journaux Iberoaméricains». A partir de 1925 empieza a colaborar, con artículos, en varios periódicos peruanos. En 1926, con Larrea, funda la revista «Favorables Paris Poema», de la que salen sólo dos números. Desde su llegada a París había comenzado a escribir una

mento. Así: *Rusia ante el Segundo Plan Quinquenal, El arte y la revolución y Contra el secreto profesional*.

He mencionado sólo parte de la obra total. No me he referido aún a una serie de poemas que, al parecer, comienza a escribir hacia 1926. Un proyecto de libro que caminará muy lentamente, al principio; que crecerá rápidamente en 1936 y 1937; que César nunca verá publicado: se publicará en 1939 con un título justo: *Poemas humanos*. También póstumamente, verán la luz un grupo de poemas escritos en 1937: *España, aparta de mí este cáliz*.

A través del tiempo se ha operado en la poesía de Vallejo una transformación. Si en *Trilce* el poeta hablaba, en primer término, para entenderse a sí mismo, en *Poemas humanos* y en *España, aparta de mí este cáliz*, habla, en primer lugar, para los otros y por los otros, lo cual no significa, en forma alguna, que haga concesiones desde el punto de vista artístico. No. Los últimos poemas de Valle-

aproximadamente, los años que van de 1928 a 1931, descubre que, ciertamente, los filósofos —o los escritores, o los artistas— se limitaron a interpretar el mundo de distintas maneras», y acepta —con Marx— que «lo importante es transformarlo». A su modo, decide tomar parte en esa transformación. Por eso, entre 1928 y 1931, Vallejo dedica la mayor parte de su tiempo a estudiar a fondo el marxismo. Estudiar a fondo algo significa, a mi ver, leer pacientemente, dudar, criticar, afirmar... y volver al comienzo tantas veces como sea necesario. Por ello, me sorprende el hecho de que una serie de comentaristas vean en esta actitud —que yo llamaría reflexiva— un punto de apoyo para discutir la autenticidad del marxismo de Vallejo. De hecho, el marxismo —hondamente sentido, encarnado— se refleja en gran parte de *Poemas humanos* y en *España, aparta de mí este cáliz*, como sabiamente muestra Salomon, y prueban también otros críticos. Así, Alberto Escobar —por ejemplo— al comentar el poema *Masa* (en *Cómo leer a Vallejo*). En el plano de la vida, César funda en París con otros cinco peruanos un Centro Latinoamericano de Estudios Marxistas: a fines de 1928 el grupo se dirige a José Carlos Mariátegui, fundador del Partido Comunista Peruano, para comunicarle su adhesión al partido. Expulsado de Francia por la Policía, por sus actividades políticas, pasa César a España en 1930. A principios de 1931 —posiblemente, fines de enero, o comienzos de febrero— ingresa en el Partido Comunista de España. Poco sabemos de sus actividades políticas en ese momento. Sabemos que escribe algunas obras —en prosa— convencido de que el escritor debe ponerse al servicio del pueblo: se publican en 1931 la novela *El tungsteno* y el reportaje *Rusia en 1931*; sabemos, igualmente, que con su hondo conocimiento del marxismo influyó en algunos jóvenes intelectuales —dato que hallé recientemente en una entrevista que se le hizo a Luis Felipe Vivanco a propósito de Arturo Serrano Plaja—; sabemos también que actuaba como instructor en la célula de estudiantes a la cual pertenecía, y cuyas reuniones tenían lugar en una taberna de la calle Malasaña, próxima, por tanto, a su residencia de la calle del Acuerdo: de todo esto último nos informa Mario Jorge de Lellis (en *César Vallejo*).

Durante la guerra civil, Vallejo estuvo dos veces en España. En París, en 1937 —enfermo ya— colabora en la fundación del Comité Iberoamericano para la Defensa de la República Española. En marzo del año siguiente se echa en cama «a descansar» —dijo— para no levantarse ya. Es trasladado a la clínica Arago, donde se le hacen toda clase de análisis, sin que su mal pueda ser diagnosticado. Tiene una extraña fiebre que el 13 de abril, le hace delirar. En su delirio, repite, con insistencia, unas «palabras»: «Voy a España... Quiero ir a España...». Con su corazón puesto en todos los hombres de la tierra —que en ese momento se llaman «España»— muere César Vallejo el día 15 de abril de 1938. ■ A. A.



poesía moderna. Pero, ¿cómo hablar brevemente de estos setenta y siete poemas, sin título, llenos de palabras desconocidas —a veces, inventadas—, basados en ritmos extraños para cualquier oído de 1922, sintácticamente caprichosos, carentes —a veces— de todo dato que nos remita a una realidad objetiva, y carentes de lógica discursiva, siempre?

A pesar de la comprensión de Antenor Orrego y de un grupo de amigos, la obra de Vallejo es, en general, incomprensida —en la época de su aparición— en su país. El poeta, que se sofoca en el ambiente limeño, se aventura a dejar su tierra y trasladarse a París. Allí va en 1923; allí morirá, en 1938.

Los primeros años son malos. Vallejo pasa verdaderas angustias

serie de poemas en prosa, reunidos hoy bajo el título *Poemas en prosa*. Durante todos estos años escribe también cuentos, inicia novelas, escribe teatro que nunca llegará a ser representado. En 1930 aparece en Madrid la segunda edición de *Trilce* con un prólogo de Bergamín y un poema-homenaje de Gerardo Diego. En 1931 se publica en Madrid, su novela *El tungsteno*: una novela de corte totalmente realista, no del todo lograda, aunque puede haber influido en algunos novelistas españoles de aquel momento y quizá en algunos latinoamericanos, cosa que apunta José María Arguedas. En 1931 sale también, en Madrid, *Rusia en 1931*, un reportaje sobre lo que ha visto en la Unión Soviética. Además, proyecta, o escribe varios otros libros que no se publican en aquel mo-

jo no son «fáciles»: hay en ellos palabras oscuras; permanece la sintaxis descoyuntada que halláramos en *Trilce*. Pero —insisto— el máximo empeño del poeta es, en ese momento, hablar para los otros y por los otros: el hombre angustiado y desamparado siempre, quiere salvar a los demás de sus angustias y de su desamparo.

La evolución en la obra de César Vallejo tiene como base una evolución en un aspecto de la persona de César Vallejo. Poco o nada puedo añadir aquí a las iluminadoras observaciones de Noël Salomon en su excelente estudio *Algunos aspectos de «lo humano» en poemas humanos*. Creo que el profundo humanismo de Vallejo está presente a través de toda su obra. Ahora bien, este humanista, en un momento de su vida que son,